

González Vera

El reloj de la pobreza

ALHUÉ, debo reconocerlo, era un pueblo con individualidad. Sus habitantes tuvieron el buen gusto de bautizar las calles con nombres útiles, precisos y localmente históricos. Nada de remontarse a la Revolución Francesa ni al descubrimiento de la imprenta, ni invocar nombres militares, gregorianos o políticos.

La calle donde expendían pan, fierros y drogas, en vez de llamarse San Pablo o San Diego, denominábase razonablemente Calle del Comercio.

Después, más allá de la plaza, seguía la calle en que se construyó la primera casa de dos pisos y el primer hotel. Fué, por ambos motivos, Calle del Progreso.

Y la que a mí me albergaba, linda calle con el cementerio al fondo, un Alcalde filósofo y lector de Manríquez, decidió que se llamase Calle de la Unión.

La del oriente, no había en ella más que una casa perdida, fué Calle de la Libertad. Quien por ella transitaba veía campo, anchura y lejanía. Y así...

Seguía luego la calle de las mujeres que cantan, de las que son alegres y dan su alegría, y con su alegría su cuerpo, a todos los hombres; pero como también daban alcohol, los favorecidos con sus dones formaban con frecuencia trifulcas resonantes. Y variando un poco la denominación, los piadosos vecinos llamáronla Calle de Tribulco. Así parecía evocar algo de ascendencia araucana.

Y otra que va y baja con decisión al río, porque en ella se ubicaron tres sujetos que vivían de la pesca, fué Calle de los Pescadores.

Éste, ése y aquél habitaban casuchas miserables, raídas como sus propios trajes. Desde la acera, empinándose un poco sobre las vallas, se les veía trabajar: remendaban los puntos débiles de sus redes.

El segundo y el último tenían la edad de los hombres sin esperanza. Cuarenta y cincuenta años. Se parecían demasiado para no ser parientes; sus cabezas estaban cubiertas de mucha cabellera y de un poco de barba. Eran de estatura corriente, de aspecto vulgar. El descuido les cubría desde la frente hasta los pies. No tenían esperanza.

No se sabía, y nadie se preocupó nunca de saberlo, cómo y para qué el destino quiso reunirlos en este pueblo y en esa calle.

Eran víctimas del otoño lo mismo que las hojas. Nacieron para ser peones de la casualidad y resignarse a lo que viniera. Perteneían al ejército, al gris ejército de los hombres que malean la atmósfera, estrechan la tierra y afean la vida sin propósito ni razón.

Ahí estaban remendando las redes. Ahí estuvieron siempre moviendo las manos en el mismo afán. Y ahí seguirán hasta que Aliste se ponga su delantal de ancha cartera.

¡Aliste, habla con Dios!

Del primero la gente recordaba el nombre: Ismael.

Miraba desde el fondo de unos ojos grandes. Sus bigotes castaños cubríanle honestamente la boca. Su organismo, casi bien conservado, había dejado atrás más de treinta años. No era enfermizo, y, cuando solía reír, mostraba una dentadura sana, blanquísima, una de esas dentaduras que en la ciudad obligan a la risa constante; pero no era su fuerte la alegría.

Sin embargo, era muy industrioso. Pescaba, trenzaba el mimbre, pintaba casas, manejaba el serrucho. Siempre había pan en su casa. ¿Por qué trabajaba tanto? Algunos lo hacen para en-

riquecerse, otros para obsequiar a su mujer lindas inutilidades. Ismael, empero, no cambiaba de indumentaria, y su mujer se levantaba y acostaba con el mismo atavío.

Tenía un nombre con olor a yerba: Clorinda; pero estaba seca, con las mejillas amarillentas. Era alta, de frío mirar y muy habladora.

Si el pescador estaba en el patio remendando sus redes, ella remolineaba en torno, con el indispensable pretexto de quehaceres domésticos. No creáis que rondaba en silencio. Estaba su boca modelada para las recriminaciones, y se consagraba a ello casi de sol a sol.

Vivía agriada. Nunca, entre sus muchas palabras, se le escapaba una palabra alegre. Había suprimido de su existencia la cordialidad. Cuando no podía emprender contra su marido, emprendía contra su chico, el gato o las gallinas. El parrón mismo no era ajeno a sus invectivas. Según ella, no crecía como un álamo sólo para obstruirle el paso.

—Hasta cuando sufriré, Dios mío... —así comenzaba su monólogo—. Una se embroma teniendo chiquillos y mortificándose en la casa. Y al sinvergüenza no se le da ni pizca... No deja pasar mujer... La tonta trabaja como bestia y el caballero no se preocupa sino de amancebarse con cuanta licenciosa encuentra a mano. Pero le ha de salir bien salada... A esa yegua del bajo le van a pedir la casa. Tengo que correrte todas las mujeres. ¿Hasta cuándo quieres verme sufrir? Te haces el lesa y te ríes... Ya veremos quién lo hace con más ganas. Me quejaré al Comandante.

Ismael solía responder con una tremenda bofetada.

Ese monólogo bronco, cotidiano, podía considerarse fina y velada alusión a la viuda del bajo. El Bajo era un rancho situado en el vértice de la calle con el río. Y lo habitaba la Viuda, la más saludable viuda que hayan visto mis ojos. Si su casa hubiese tenido un frontispicio de mediana nobleza, justo habría sido grabar en él este elogio de su dueña: «Tiene un firme tesoro debajo del vestido».

Ismael, a pesar de su actitud taciturna y guiado acaso por el sortilegio de su nombre hebreo, había logrado asir ese tesoro. De tarde en tarde desaparecía de su casa una semana entera.

Entonces Clorinda, llorosa, visitaba a Loreto. Esta ponía en sus manos un paquetito de polvos. Apenas entraba la noche Clorinda iba a esparcirlos junto a la casa de la viuda, sin olvidarse de rezar previamente, y de encender velas a la Virgen que protege la integridad de los matrimonios.

Su marido regresaba un día cualquiera. Ella lo examinaba. Traía ropa más nueva y más limpia, y su fisonomía reflejaba el buen humor.

La roía el despecho; pero, conteniéndose, iniciaba un monólogo que en esta ocasión no era crepitante sino lacrimoso: la soledad, el niño, el sacrificio, su cariño desinteresado, eran la médula de sus abundantes palabras.

No sabría decir si el pescadero se emocionaba.

Pasado cierto tiempo, decía:

—Si estás dispuesta a continuar hablando, me voy.

Clorinda secaba sus lágrimas con el delantal, cerraba la boca y, transformada en otra Clorinda, se iba a la cocina. La merienda de ese día era mejor. En el lecho había ropa limpia. Ismael dialogaba con el chico. Producíanse lapsos de silencio. Y durante algunas horas flotaba en el hogar esa simpatía que le atribuyen los solteros.

Venía la noche, y trascurría.

La mañana empujaba a Ismael hacia el río. A las doce llegaba con sartas de pescados. Se iniciaba en ese instante el crepúsculo de la amistad.

—¿Qué comeremos hoy?—indagaba.

—Papas con luce y... porotos con chuchoca...

—¡Ah!— Esa exclamación terminantísima equivalía también a Maldita sea. Me recondenara, o Peor es morir.

—Si no te gusta, ándate al bajo a comer manjares. Ya sé que no tengo suerte para nada, porque...

Ismael no respondía. Almorzaba la breve lista, se trasladaba al patio y ponía en trabajo sus manos.

Las palabras que seguían al porque de su mujer, terribles, candentes y alusivas palabras, no cesaban. Le perseguían, le hacían traspasar, le provocaban una especie de borrachera. La sangre se le iba camino de la cabeza. En vano procuraba silbar entre dientes. Nada. Poco a poco íbale entrando el deseo vehemente de asir a su mujer y pegarle sin lástima, hasta silenciarla...; pero no estaba bien alborotar a diario. Además, de no rematarla, el remedio resultaría peor que la enfermedad. Le daría asunto para mover la lengua un mes entero.

Se refugiaba en el cuarto de sus compañeros de oficio.

Estos le recibían con una alegórica alusión:

—¿Y cómo va el baile?

—Así, así...— respondía, haciendo un gesto de molestia.

No se volvía a tocar lo pasado.

En cambio, el río entraba en la conversación, y la pieza se llenaba de peces legendarios.

El río de Alhué era modestísimo. A buen paso se venía desde la cordillera dando vueltas... Deteníase en cada curva para responder a los sauces que le saludaban en nombre de los pueblos. Y seguía con su humilde caudal hasta donde se acaba la tierra,

Aunque su condición no era altiva, le irritaba la descortesía de algunas aldeas que se retiraban a su paso. Bien se vengaba él, haciendo barrancos y pedregales.

Pero con Alhué era muy distinto. Desde su frontera corría jubilosamente por entre una doble fila de sauces y de espinos. Estos, desde los cerros, le hacían señales con sus ramas desnudas.

Frente al pueblo se dividía en varios anchurosos esteros.

Apenas comenzaba a quemar el sol, entraban en sus aguas los tres pescadores... Y ahí permanecían muy abiertos de piernas moviendo las redes.

Cuando una hora se iba sin rendimiento, exclamaban:

—Si a lo menos pescásemos un cuero...

Era un deseo valeroso y hereje,

Interiormente cada uno temblaba a su sola mención. En el último verano había desaparecido un niño bajo la mirada de varias personas. Una voluntad invisible le asió de los pies y le sumergió.

Se reunieron los vecinos, rastrearon el río y no hallaron el cadáver. Cuando la noche vino volvieron a juntarse, y el más vaqueano pegó sobre una tabla apropiada una gruesa vela, entró en las aguas y la soltó en el punto menos correntoso.

La tabla fué primero arrastrada al sur. Seguían los vecinos su avance. Después se desvió y entró en la órbita del remanso. Avanzó algunos metros y comenzó a girar sobre si misma, y de repente, hecho inverosímil, se hundió verticalmente.

Comprendió la gente, con pavor, que bajo el agua no había sólo cieno.

El pescador más viejo había visto un cuero en el atardecer de un distante verano. Se encontraba en la ribera tomando el fresco. Estaba tendido sobre el péril. La oscuridad asomaba en la lejanía. No había ninguna alma en los contornos, porque en Alhué se estaba celebrando entonces una novena. Su vista vagaba por la gris superficie del río; pero, al cabo de un instante, la línea del agua se rompió. Algo brillante, voluminoso, que tenía la vaga forma de una manta, estaba allí flotando... Se frotó los ojos para comprobar que no estaba durmiendo. El animal seguía casi inmóvil. De su anchísima cabeza partían fosforescencias... Y su cuerpo daba la impresión de estar cubierto por una piel brillante y coloreada. Era un feo monstruo, pero, resultaba imposible dejar de mirarle.

Clorinda despedía a su marido en las mañanas con un:

—¡Ojalá te coman los cueros!...

El replicaba:

—No te daré ese gusto sino otro...

En el tren de dos llegaba el pescadero provisto de sendos canastos. Tenía a pesar de su existencia ciudadana, el aspecto lento del campesino. Su rostro de indio, apenas vaciado en

chileno, era terroso. En el labio superior le crecían algunos pelos cerdosos. En su juventud trabajó la tierra; luego se vino al pueblo y, como todos los que tienen iniciativas, un día partió a la ciudad.

Ahora, transformado en don Manuel Jesús, explotaba a los tres pescadores.

Estos pasaban media existencia sumidos en el agua pescando peces y posibilidades reumáticas.

Don Manuel Jesús tenía sus mañas. Sabía regatear como vieja. Cuando había menos pejerreyes que truchas, pagaba mal, alegando que éstas eran desabridas y de difícil venta. Si abundaban los ejemplares grandes, aseguraba que los pequeños son los más sabrosos. Y si la plétora era de éstos, decía:

—Voy a comprarlos para darles llapa a los buenos clientes. Este río no trae más que piedras.

Cuando Ismael respondía a su mujer que no le daría ese gusto sino otro, traducía a su manera el confuso estado de su ánimo.

Clorinda empezaba a inquietarse y rogaba a Dios que suprimiese los días festivos.

Pero el domingo llegaba inevitablemente. A pesar del sereno sol, el aire liviano y la perspectiva azul, condiciones adecuadas para la alegría, la casa de Ismael estaba saturada de angustia.

Ismael desaparecía después de almuerzo. Se iba en derechura al Cementerio. Allí encontraba al viejo Aliste y, golpeándole la espalda, le invitaba:

—¿Vamos a matar el gusano?

Y se iban.

Vaciaban muchas botellas, en el almacén de don Nazario. Pasaba la tarde. Aliste peroraba sobre las ánimas. Decía también que, cuando muriese el asno, lo enterraría en el Cementerio sin avisar a nadie.

El vino enrojecía el alma de Ismael. La penumbra recordábase vagamente que algo le faltaba para completar el día... Salía a la calle empujado por el destino.

Suena un golpe en la puerta. Clorinda se sobresalta, y abre. El corazón palpita sacudido bajo su pecho. Ismael entra recto como garrote. ¡Qué instante ese!

Desde el patio ordena con voz ronca y absoluta:

—¡Trae tu pañuelo de reboso!

La mujer no replica. Quiere vacilar. Pero obedece.

—¡Tu pollera azul!

—¡La otra ropa!

—¡El manto...!

—¡Las enaguas...!

—Pero, Ismael... ¿Quieres verme desnuda?

—¡¡¡Las enaguas!!!

En el patio se van acumulando las más extrañas prendas femeninas. Acaso toda la reserva de la, en ese instante, pobre mujer.

Ismael, adusto y temible, aguarda con una botella en la mano.

Cuando todos los trapos de la casa están en la pila, impulsado por su alma roja, vacía el contenido de la botella.

En seguida sube del montón un haz de humo y llamas. Todo es implacablemente consumido.

Llora la mujer.

Grita el niño.

Ismael se duerme en un banco.

Desde arriba miran las frías estrellas.

Un día Ismael me hizo entrar en su cuarto. Estuvo quejándose de la suerte. Después, indicando la pared, me preguntó:

—¿No siente algo?

Escuché.

De la pared se desprendía un ruido leve, acompasado, comparable sólo al tic-tac del reloj.

—Pues bien—agregó;—es el reloj de la pobreza... Cuando se oye en una casa, los que en ella viven, están como maldecidos. Van siempre para abajo...

Santiago, 20 de Agosto de 1927.